

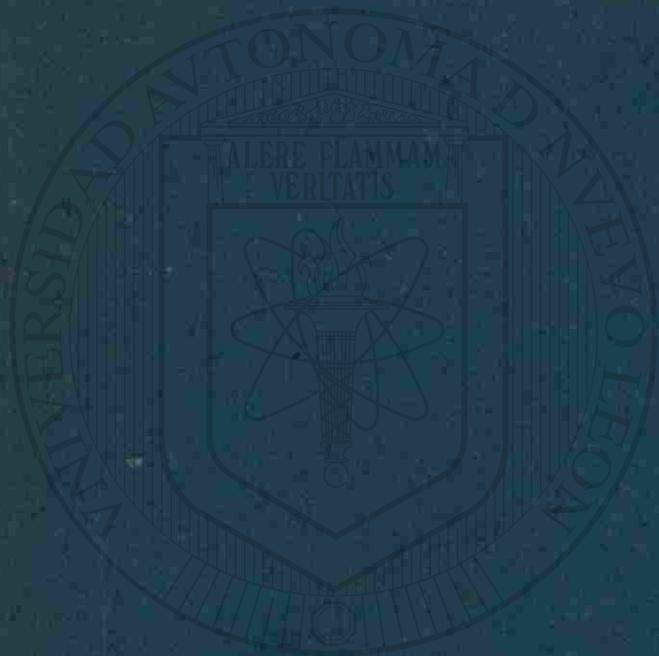
DISCIPLINADO

1959

1232  
32

CIÓN



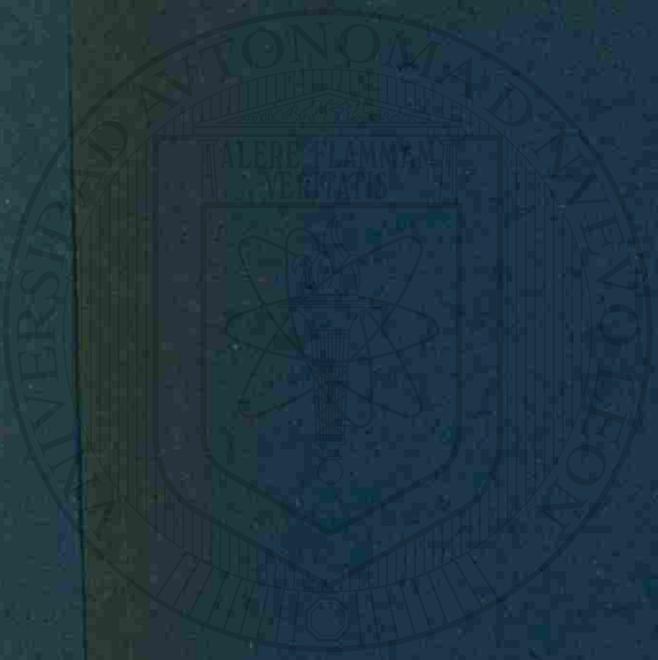


UANI

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



109019



**DISCURSO  
PRONUNCIADO.**

La Plaza de Armas de esta Ciudad,  
El 27 de Setiembre de 1859,  
POR EL SR.  
D. José de la Luz Pacheco Gallardo.

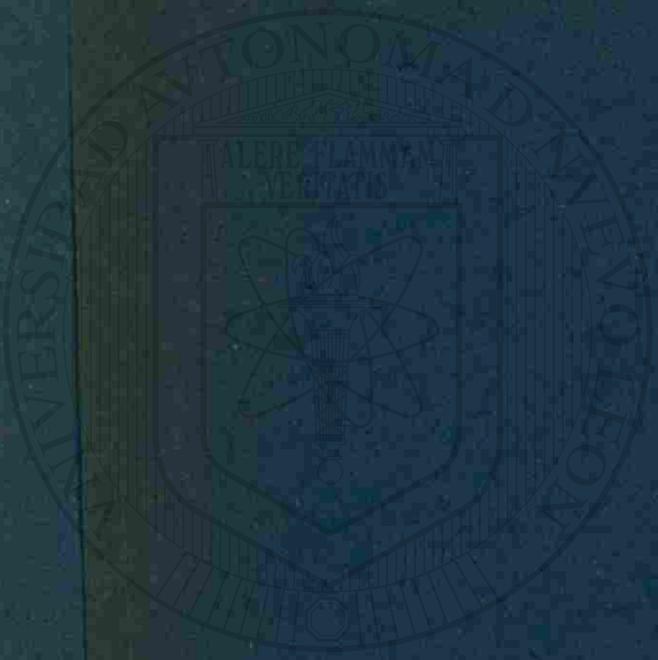
SE IMPRIME  
POR ACUERDO DE LA JUNTA  
PATRIÓTICA.



QUERETARO.

Tip. de M. Rodríguez Velázquez.  
Calle del Hospital  
N. 10.

ESTAMPADO EN QUERETARO



UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LÉON  
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



**DISCURSO  
PRONUNCIADO.**

La Plaza de Armas de esta Ciudad,  
El 27 de Setiembre de 1859,  
POR EL SR.  
D. José de la Luz Pacheco Gallardo.

SE IMPRIME  
POR ACUERDO DE LA JUNTA  
PATRIÓTICA.

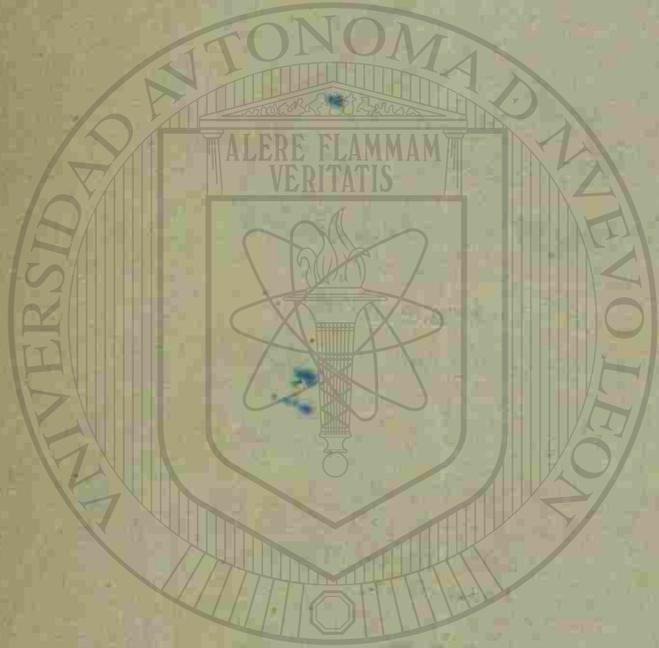


QUERETARO.  
Tip. de M. Rodríguez Velázquez.  
Calle del Hospital  
N. 10.

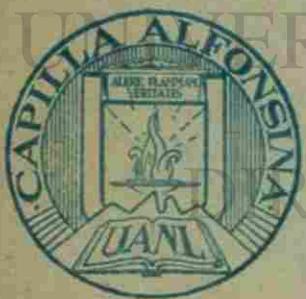
ESTAMPADO EN QUERETARO

F1232

P 32



UANL

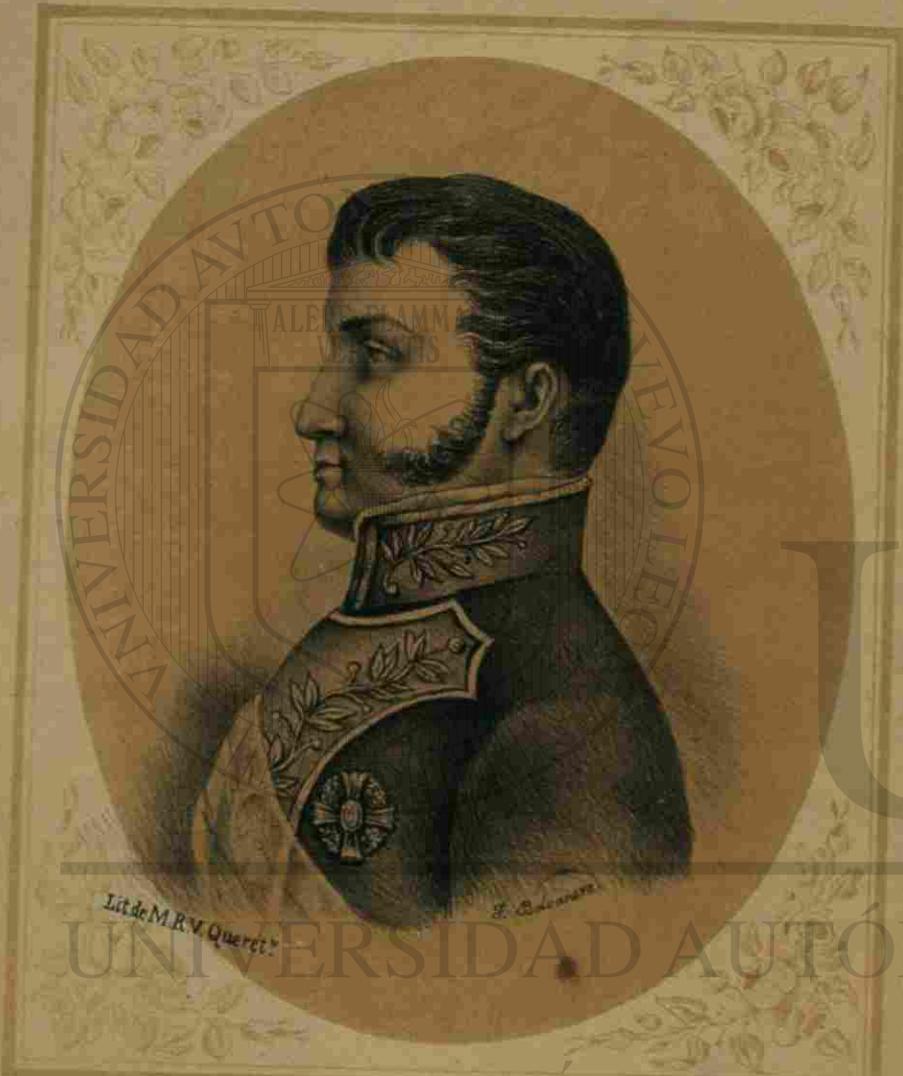


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

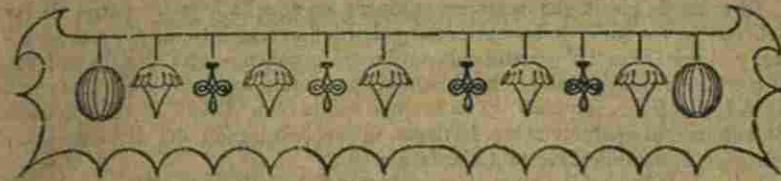
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

FONDO  
FERNANDO DIAZ RAMIREZ



DIRECCIÓN GENERAL



Se nació al lado de la cuna de todos los pueblos a la Religión, así como a la filosofía cerca de su sepulcro.

El Abate de La Mennais.

**S**ALUD pueblos todos de la tierra! ¡Salud!.. El error y la esclavitud huyen asedrentados a ocultarse en la tumba cavada por sus propias manos; "Los dioses se van!" "La ira de Jehová ha tronado contra ellos, y un signo de salud brilla en la altura." Tal fué el grito de júbilo, señores, que se dejó oír en la majestuosa Roma, en el instante mismo que Constantino, llevando en sus manos una cruz, entró triunfante en la ciudad reina del mundo y sobre el sepulcro de los emperadores, recibió la corona de aquel imperio, declarando que la Religión Cristiana sería desde entonces la religión de la patria de los Césares.

El aguila guerrera de Rómulo, humilló su cabeza ante el árbol sacrosanto del Gólgota: las mentidas deidades de un pueblo pagano ruedan de sus pedestales, como gimiendo desechadas de su decreto. El Prorostrio y el arco de Tito, el Capitolio y la Via Sacra, han visto caer en pedazos los dioses que en el ardor de las pasiones adoró una generación idólatra.

Los rayos de Júpiter se extinguieron, y las venganzas de Juno embotaron el filo de sus puñales. Los empujados mirtos de Venus se agostaron, y la lira de Apolo no volvió a cantar en los festines, a los amores sensuales. Baco rompió su copa de oro en que hacía beber el fuego que produce los letales delirios; y Ascanio huyó avergonzado de su desnudez ante las virgenes cristianas. Allí en fin, donde antes reinaran las tinieblas del error, con su triste séquito de dolores y de remordimientos, se fijó para siempre el dulce imperio de la Cruz; es decir: el imperio de la paz, de la luz y de la libertad del mundo.

El canto de gloria que resonara entonces en aquella hermosa patria de las delicias, en ese suelo de los mármoles y de las flores, se hizo oír por todas partes, y el mundo esclavo sacudiendo entonces sus cadenas, alza al cielo su frente ceñida de rosas y entona un himno de gratitud a su libertador. ¡La raza de Adán se había salvado! ¡Tan sublime fué la obra de solo el cristianismo! Si, señores, al aparecer sobre la tierra el precioso legado del Hijo de Dios, concluyó el dominio funesto de la tiranía.

La sociedad entró en el sendero del engrandecimiento y el hombre pudo aspirar a la inmortalidad feliz. Los pueblos, á medida que fueron percibiendo el eco de la victoria adquirida por la Religión y atraídos por los encantos de esta augusta hija del cielo, fueron sometidos a su bienhechora influencia. Nosotros á nuestra vez entremos en el número de sus hijos, y famos participantes de sus beneficios.

Una nación grande y bella se alzó de entre los escombros de la antigua raza, si puedo explicarme así respecto de un pueblo cuyos templos, cuyos altares estaban consagrados á canívoras divinidades y enrojecidos con la sangre de innumerables víctimas humanas.

Solo la Religión Cristiana, señores, pudo verificar esa grandiosa transformación. Un suelo poblado de seres desgraciados que sin luz, esclavos de los vicios de la idolatría y que por consiguiente morían sin haber vivido, se convierte en una nación que podía figurar entre las primeras del mundo.

A este punto he querido traer vuestra atención; para eso me he valido antes, de describir á vuestros ojos aunque muy ligeramente, uno de los grandes sucesos que se ha presentado en la carrera de los siglos, digno de la admiración de todas las edades.

Si he bosquejado á Constantino llevando la libertad con el cristianismo triunfante, á Roma esclava por el politeísmo, he querido presentaros á un noble compatriota nuestro que justamente puede tenerse como un héroe digno de nuestra veneración y de nuestros mas dulces recuerdos; porque alimentado con la Religión, hizo la independencia de México, teniendo por enseña y colocándose á la sombra de ese adorable patrimonio que heredamos de nuestros mayores.

A ese ilustre caudillo de la independencia nacional, á ese Rey, destronado por una mano sacrilega y liberticida; á *Iturbide*, cuya efigie se halla colocada en ese altar levantado por el patriotismo, y santificado por el tierno sentimiento de la gratitud; á *Iturbide* está consagrado este día de gloriosos recuerdos. No necesitaba decir su nombre, vuestro corazón palpitante de alegría, antes que yo, os ha dicho quien es.

El amor á la patria, ese dulcísimo sentimiento instintivo en todos los seres, que hace amable para "el salvaje su barraca" lo mismo que "al príncipe su alcázar dorado: que no puede hacer olvidar al pastor escocés "ni sus torrentes ni sus nubes," y que hace al Arabe recordar siempre "el pozo del Camello, la gacela y sobre todo su caballo, compañero de sus correrías." El amor á la patria, que trae constantemente á la memoria del hijo de la Africa ardiente, "su casa, su azagaya, su bananero y el sendero de la Cebrá y del Elefante." Ese amor "que formó á Homero y á Virgilio" que immortalizaron á Yonia y las praderas de Mantua. Ese amor, en fin, que santificado por el cristianismo, se refiere á la fraternidad universal, es quien por último, os ha traído á este lugar, á tributar el homenaje que se debe al gefe inmortal de las garantías.

Yo estoy encargado de hacerlo en vuestro nombre, encargo superior á mis fuerzas, es verdad, pero como él me ha sido confiado por la respetable junta patriótica de esta Ciudad, lo estimo como un honroso precepto que deseo obedecer, y gustoso con vosotros colocaré mi humilde flor, sobre la tumba del hombre á quien un día mas feliz, la nación Mexicana saludó con el justo titulo de Agustín 1.º

Cerca de once años hacia que en el pequeño pueblo de Dolores, el anciano párroco D. Miguel Hidalgo, habia hecho resonar bajo el espléndido cielo de México, el grito glorioso de independencia.

Allende, Aldama, Morelos, Jimenez, Abasolo, Matamoros, Galeana, Rayon y otros mil bravos, se lanzaron á un combate sangriento, sacrificando su vida por solo hacer grande á la patria que los vio nacer. ¡Once años...! once años habian transcurrido de sangre inútilmente derramada! ¡Once años de lágrimas, de combates y de cadalsos! En vano los esfuerzos heroicos! en vano el cañon mexicano habia interrumpido mil veces el magestuoso silencio de nuestros campos, y allí donde antes se viera un suelo rico y floreciente, rutilando con las doradas sementeras; solo se vé despues un ancho sepulcro que guarda los restos mutilados de innumerables valientes que sucumbieron al golpe rudo de la cuchilla realista. El estruendo formidable de la lucha se iba estinguendo poco á poco: el eco producido por las artillerías se oía muy léjos, como se oye el estallido del rayo cuando se aleja la tempestad; ó como gime ó ruge el huracan en los apartados bosques.

Muchos gefes mexicanos dormian ya el sueño de la muerte; otros, cansados de luchar sin obtener el éxito deseado, ó quizá horrorizados por las represalias y excesos á que siempre abre fácil puerta la guerra; depusieron sus armas ante el leon de Iberia, pidiendo un indulto, y otros en cuyo seno era inestinguible el amor patrio conservaron el fuego de independencia en las ardientes montañas del Sur. El cetro de Fernando VII, podia aun tocar el último limite de la patria de Guatimotzin, y sus descendientes habian vuelto á caer como aletargados, sobre sus cadenas.

En ese estado lucia un sol y otro sol, y nada se adelantaba en la colosal empresa de Hidalgo. El ángel de la muerte no habia agotado su venenoso cáliz: podia aun derramar la última gota sobre la infortunada México.

No habia muchísimo tiempo que la Europa, conmovida profundamente por la filosofía, habia presenciado la caída de los tronos, y apenas iba saliendo de entre las ruinas de sus monumentos cristianos, cuando la España, esa nación llamada justamente católica por excelencia, y que conservaba inmarcesibles los laureles que diáron su frente en el siglo XVI: esa nación digo, que ennobleció sus conquistas por medio del cristianismo, por una desgracia que deplora todavía vió aparecer en su seno el filosofismo que engendrando la rebelion contra la Religión Católica, anegó en sangre el suelo de la Francia, y la hizo presa "de los furores de una multitud embriagada con las doctrinas antisociales." La España, pues, sufre una transformación dolorosa como si olvidara lo que fué y se hace víctima con poca diferencia de los mismos desastres que asalaron no solo á la patria de San Luis, sino á toda la Europa protestante. Qué suerte, pues, podia haber tocado á México, sometida al dominio de una nación que aceleradamente caminaba á su sepulcro? Sin duda, señores, que nosotros debiamos caer tambien humillados bajo la ignominia que comenzaba á sombrear la frente de nuestros padres. Asi sucedia efectivamente. Los decretos de las

cortes españolas, lanzados contra las inmunidades, contra la soberanía y libertad de la Iglesia Católica, se recibieron en México y se cumplía con ellos, atropellando las leyes y los deberes mas santos, las costumbres y los principios reconocidos como únicos capaces de dar estabilidad al poder, paz y sosiego al hogar doméstico, verdadera riqueza á los pueblos y por último, existencia á la sociedad.

México, pues, estaba próximo á sucumbir. Habia presenciado la espulsion escandalosa de los religiosos Belemitas, Juaninos, é Hipólitos: vió, que los bienes pertenecientes á estas órdenes y consignados al socorro de los menesterosos, fueron usurpados y convertidos en nacionales. ¿Qué podia esperarse para el porvenir? Espantosa perspectiva para un pueblo que en vano luchaba por conquistar una independencia que no habia podido consumarse, y esperar por otra parte el doble yugo con que ha hecho gemir á otras naciones, la impiedad encubierta con el seductor ropaje de la libertad. Un gemido se alzó de todas partes: México que habia disfrutado de los encantos del cristianismo, se horroriza con la agonía de la patria de Isabel; tiembla al ver amenazada su propia existencia y escaldando una queja como la de la paloma herida entre las garras del milano, llama en su auxilio á aquellos de sus hijos que le quedan, y su doliente voz vá á resonar en el sensible corazón de ese mexicano ilustre que á la cabeza de solo un puñado de valientes, enarbola el estandarte de *Religion, Independencia y Union*. Estas palabras salieron de los labios de Iturbide, con un grito de entusiasmo patriótico y que repitieron con júbilo los mexicanos.

En efecto, señores, el 2 de Marzo de 1821 en el pueblo de Iguala, *D. Agustín Iturbide*, rompió para siempre las cadenas que sujetaban á México con la antigua metrópoli. La voz de *Religion, Independencia y Union*, fué secundada por Filisola y Codallos; por Cortazar y Bustamante; por Barragan y Dominguez; por Negrete y Andrade; por Leon y por Bravo, de manera que los únicos miserables restos que quedaban de fuerzas sostenedoras del gobierno virreinal, sucumbieron bajo la victoriosa espada de *Iturbide*, en siete meses de una campaña inmortal.

¿Habéis visto, señores, el hermoso espectáculo que ofrecen los cielos cuando despues de una tempestad aparecen iluminando la azulada bóveda, los dorados rayos del sol? Así lució para México un día de verdadera grandeza. Hoy hace 38 años que el héroe de Iguala al frente de un ejército de diez y seis mil hombres, coronado por la victoria, penetró en la hermosa Capital de la nacion mexicana, en medio de las aclamaciones de un pueblo grande y libre que lleno de júbilo, victoreó á su libertador, quien lo saludó diciéndole: "Mexicanos: ya estais en el caso de saludar á la patria INDEPENDIENTE, como os anuncié en Iguala.... Ya recorri el inmenso espacio que hay desde la esclavitud á la libertad.... Ya sabéis el modo de ser libres, á vosotros toca señalar el de ser felices."

¿Sabéis cuáles eran las garantías que ofreció al pueblo mexicano como base fundamental de la felicidad social? Sabéis en que consistió la grandeza de la obra que acababa de consumarse? En la RELIGION CATOLICA, APOSTOLICA, ROMANA, sin tolerancia de otra alguna, en la INDEPENDENCIA absoluta de México, de cualquiera nacion estrangera y en la UNION entre mexicanos y españoles, cuyas tres garantías están representadas en los hermosos colores que forman nuestro pabellon. No se me oculta que algunos pérfidos maldicen todavía la Union entre mexicanos y españoles como está consignado en el gran-

dioso plan de Iguala, pero yo diré que si *Iturbide* ofreció el cetro de México á un príncipe estrangero, fué porque á su profunda política no se ocultaba que era muy difícil arrancar de un solo golpe á los españoles la rica prenda que perdieron, y era por consiguiente forzoso obrar de manera que cuando menos se estipulase un pacto de amistad, necesario en todas las naciones y que en nada perjudicaria como de hecho no ha perjudicado á los grandes intereses que se aseguraron, es decir; la Religion y la Independencia.

Tal fué la obra sublime del héroe de que nos ocupamos, que amó á su patria hasta colocarla en el rango que le corresponde entre las naciones consideradas como las primeras del mundo. Sin embargo, *ITURBIDE* quiso dar otra prueba de su abnegacion y noble desinterés, quiso añadir otra página de gloria á sus anales, y solicitando volver á su hogar doméstico, á otro día de su entrada triunfante en México, depositó en la junta provisional gubernativa; el poder omnimodo que con tanto tino habia ejercido: pero esa junta lo nombró Regente, y la noche del 18 de Mayo de 1822, el ejército y el pueblo en prueba de gratitud á su libertador, poseidos del mas vivo entusiasmo, al grito de Agustín 1.º colocaron espontáneamente sobre las sienes del vencedor la augusta diadema del imperio mexicano, cuya elevacion muy merecida por *ITURBIDE*, fué confirmada por el Congreso Constituyente el 19 del mismo mes.

Hasta aquí, señores, habéis visto como la Religion se halla al lado de la cuna de Méjico: ved ahora como la filosofía lo arrastra á su sepulcro.

Los espíritus turbulentos, aquellos que en las revoluciones han encontrado el mas fácil medio para medrar; aquellos que de su misma patria han hecho una mercancía, unidos con los hombres fatales que del estrangero han venido á esplotar nuestra hospitalidad, llenan de tropiezos y dificultades el sendero político del libertador y minan del todo el trono en que habia sido colocado por la voluntad nacional el mismo que acaba de hacernos independientes. El hermoso día que comenzó á lucir desde el 27 de Setiembre y que presagiaba un porvenir de verdadera ventura é hizo latir el corazón henchido de alegría, comienza á eclipsarse; ruje la tempestad y el edificio social tiembla como en medio del bosque el roble corpulento agitado por el huracan. *Iturbide* comprendió su situación. La República federal habia sido proclamada en Veracruz el 2 de Diciembre de 1822 y desde este momento, señores, la púrpura régia de Agustín 1.º quedó convertida en la funesta túnica, que envenenada, dió á Deyanira, el Centauro Neso, y que causó la muerte de Hércules.

Era el 19 de Marzo de 1823 y el Emperador, ofreciendo retirarse del mismo suelo á quien habia hecho libre, depones su corona en manos del Congreso Constituyente, y desde aquí comienza la época de luto en que nos hundió para siempre el tenebroso partido de las lóginas que en nombre de la libertad, se establecieron contra la libertad.

*Iturbide* sale de su patria, sin quejarse, como el turbulento Druso que al caer herido de muerte, esclama: "¡Ingrata República! no te encontrarás otro hombre que te ame tanto como yo." No se queja, no, sino que se despidie diciendo: "No se ha presentado al pensamiento la necesidad de otro sacrificio. Si en la estension de la posibilidad hay algun otro que cesija el verdadero interés de la nacion, yo estoy dispuesto á hacerlo. Amo á la patria donde he nacido, y creo que dejaré á mis hijos un nombre mas sólidamente glorioso, sacrificándome por ella, que mandando á los pueblos desde la altura peligrosa del trono." Así se despidie de su patria el que la habia cubierto de gloria; la ingra-

titud lo arroja del suelo que lo vió nacer y vá al extranjero á apurar el cáliz amargo del proscripción; de la misma manera que el vencedor de Anibal, á llorar el injusto desprecio de los suyos; ó quizá tan noble y tan generoso como éste, para consolarse creerá gozar aun de los encantos del lugar donde se mecía su cuna.

México, pues, queda abandonado á su propio destino. La prensa convertida en eco de la maledicencia; la impiedad abundando en la producción de sus frutos venenosos; las persecuciones se desatan violentas, se forman partidos, se disputa sobre todo sin consolidarse nada; así transeurren los días entre las agitaciones más crueles. En estas circunstancias la Santa Liga amaga nuestra independencia, pero Iturbide, amante de la felicidad de su país, sin que en su corazón hubiera tenido lugar el más pequeño resentimiento que hubiera empañado sus glorias, vá desde su destierro, á sacrificarse de nuevo en las aras del pueblo á quien había hecho libre y feliz. Surca los mares, y aun no había salido de ellos cuando se lanza contra él una sentencia de muerte: ¿lo creeréis? la muerte era la pena que pesaba sobre el defensor de la Religión, de la Independencia y de la Unión; si volvía á pisar esta tierra donde nació y libertada por él; la muerte, si volvía á ver el cielo que había resonado con el canto de sus victorias. ¿Ah! no le era lícito ni visitar el sepulcro de sus padres! Iturbide ignora todo esto, y sin creer (porque era generoso) que los que entonces ocupaban el poder por asalto, fuesen capaces de un crimen, ni como se lo hubiera imaginado si venía á salvar á sus mismos enemigos? De ningún modo; así es que el 15 de Julio de 1824, desembarca en Soto la Marina, y de allí se dirige á Padilla, después de que se había visto obligado á darse á reconocer en el puerto, al ser denunciado por las sospechas de un cabo de la Pescadería, quien avisó á un comerciante, que pudo saber quien era, habiéndolo conocido en México. El 19 de Julio llegó á Padilla y el comandante general D. Felipe de la Garza le participa que la muerte era su destino por haberlo decretado así el Congreso Constituyente el 28 de Abril de ese año. Iturbide contesta que "no lo sentiría si conseguía que por su aviso, la nación se preparaba á la defensa."

¿No habeis visto alguna vez como una manada de tigres hambrientos, se lanza rugiendo sobre el corderillo que ha caído en sus garras? Así el congreso de Tamaulipas, compuesto de siete diputados presentes usurpando derechos y facultades que están muy lejos de un cuerpo legislativo, encarga "al gobernador D. Bernardo Gutiérrez de Lara" ejecute la sentencia de muerte. ¿Sabeis quien era el verdugo? el mismo que capitaneó una horda de filibusteros norteamericanos que condujo á Tejas.

Iturbide, reducido á prision y condenado á muerte como Luis XVI, por los asesinos de '93, no tiene permiso para despedirse ni derramar sus últimas lágrimas, en el seno querido de su familia. En vano había manifestado que hallándose en el mar no había podido saber que había sido sentenciado á muerte si volvía á su patria, no se le oye, como se hubiera oído á un bandolero; como se hubiera permitido defenderse á los facinerosos. Todo fué inútil: las panteras estaban sedientas de sangre y era preciso que se cebaran en ella.

Es el tristemente memorable 19 de Julio de 1824: á las tres de la tarde se intimó al libertador de México su sentencia de muerte, la cual será ejecutada dentro de tres horas.

"Muero, dice la ilustre víctima, muero porque he venido á defender á mi

patria; y ni mi nombre ni el de mis hijos, quedarán manchados con la nota de traición que contiene el decreto que me ha proscrito." A la hora señalada, el que otra vez á la cabeza de un ejército fiel y decidido, ciñó con los laureles del honor y de la gloria á esta hermosa Huri de las Américas, marcha ahora con paso firme al patíbulo; llega á él, y con la serenidad que solo puede inspirar en estos lances la virtud y el heroísmo, dice: "En el acto mismo de mi muerte, os recomiendo el amor á la patria, y la observancia de nuestra santa Religión: ella es quien os ha de conducir á la gloria. Muero por haber venido á ayudaros y muero gustoso porque muero entre vosotros: muero con honor, no como traidor, no. Guardad subordinación y prestad obediencia á vuestros jefes, que haciendo lo que ellos os mandan, es cumplir con Dios; no digo esto lleno de vanidad, porque estoy muy lejos de tenerla." Espronciones dignas de la grandeza del hombre que llevó hasta el sepulcro el más tierno amor á su patria. ¿Sabeis cual fué la contestación á tan conmovedora despedida...? Del fondo de la regicida Padilla salió un gemido y una detonación de fuego... era el ¡ay! de la patria herida de muerte en el corazón, y el estruendo del plomo mortífero disparado por la guardia nacional sobre el malogrado jefe de las tres garantías. El sol se ocultó llorando, y una tumba se alzó entre las sombras que hasta hoy pesan sobre nuestras cabezas. ¿No es verdad, señores, que el corazón se siente harido de amargura con el solo recuerdo de ese horrible asesinato, de fratricidio lamentable? ¿Ma detendré en calificar la conducta de una junta revolucionaria que con el cinismo más escandaloso arrojó el lodo vil de la ignominia en los anales de México? No podría, en vano si intentara fijar los ojos un instante en ese cuadro trazado por la mano de la desolación y de la muerte, y solo os diré que para que nada afrentoso faltara á esa funesta obra, D. Felipe de la Garza fue premiado con el grado de general de brigada efectivo, por la aprehensión de Iturbide, y el Congreso de Veracruz escribió con letras de oro en el salón de sus sesiones, los nombres de los diputados que en Tamaulipas votaron por la muerte del Emperador.

De la misma manera que al golpe rudo del hacha del leñador cae el roble arrastrando en su ruina, ó la tierna yedra adherida á sus robustos brazos; así, señores, al caer en el suelo empapado en sangre, el valiente caudillo de 1821, México vió rodar muertas sus más dulces y risueñas esperanzas, así vió desaparecer su felicidad. Si, al proscribirse y dársele la muerte á ese hombre respetable, se consumió un atentado, nada menos que en consonancia, con el espíritu de perfidia, enajenado en el corazón de los malvados por el desprecio de los principios consignados de las garantías á quien hoy el ejército defensor de la Religión y de la Independencia ha levantado de entre el polvo en que yaciera. Y si no, ¿por qué 38 años de dificultades para constituirnos? ¿por qué 38 años de sangre y de lágrimas derramadas por la guerra civil? ¿por qué tantas veces y aun hoy mismo comprometida nuestra independencia conquistada por Iturbide? Dirigid los ojos en vuestro derredor: ¿qué encontráis cuando la Religión no ha sido la base de nuestros gobiernos, ó ha sido el objeto de sus ensangrentados tiros? ¿La mala fe entronizada, la propiedad sin derechos; la parcialidad y la injusticia oculta bajo el manto de los jueces; el cohecho y la intriga hechos el móvil del corazón de los magistrados; y la enseñanza pública en manos de la ignorancia y de la inmoralidad: ¿no es verdad que nuestros hijos saben primero quien es Artaguan, Flor de María ó Edmundo Dantés, más bien que quien es el Autor de la naturaleza, cuáles son sus deberes

para con El, consigo mismo y para con la patria? ¿qué ha enjendrado esa manía de destruirlo todo sin reponer nada? ¿por qué los caminos se infestan de malhechores? ¿por qué la prensa se ha hecho el eco infernal de las más ruines pasiones? ¿quién ha llevado hasta el hogar doméstico el luto y la miseria? ¿quién ha transformado el matrimonio en un "convenio temporal y transitorio?" ¿por qué la oposición y resistencia á las autoridades en los inferiores? ¿por qué la insensibilidad y dureza en los grandes; la mala fé en los contratos, el menosprecio sacrilego de los juramentos y la discordia entre hermanos, entre los hijos de un mismo pueblo? ¿por qué los bienes destinados para auxiliar á los huérfanos, á la viuda infeliz, al anciano achacososo, á la casta doncella desolada, puestos en subhasta pública? ¿por qué "mientras que entre los paganos, no había un templo que no tuviera sus rentas sagradas ni una Divinidad, á la cual sus adoradores no hubiesen hecho de alguna manera independiente, dotando sus altares, el Dios de los cristianos, es hoy admitido á duras penas á un salario provisional figurando en un presupuesto vilipendioso, como un asalariado del estado, esperando sin duda que llegue el momento de reformarlo?" ¿qué significa ese día sin sol, esa lluvia de sangre que esteriliza nuestros campos y ha hecho amargas las aguas de nuestros ríos? ¿por qué el pueblo ve morir á sus hijos consumidos por el hambre, en medio de la guerra, ó víctimas de los vicios que enjendra la ignorancia y la holgazanería? ¿por qué esa multitud de familias lejos de sus hogares, llorando quizá la muerte de sus padres que sucumbieron al filo del puñal de un asesino, y perdido su porvenir vagan errantes de ciudad en ciudad como si fueran extraños en su propia patria? ¿por qué al veros aquí reunidos por la festividad del día, como procurando olvidar vuestros pesares, me parecéis á la noble familia del valiente Priamo, cuando al ver tendido sobre un lago de sangre al malogrado Héctor, y huyendo de los sangrientos dardos de sus enemigos, procurando salvar de entre los escombros y el incendio del templo y del palacio á sus penates y á sus sacerdotes perseguidos, corren á refugiarse entre los laureles que prestan sus perfumados ramages para el nido de las palomas, y protegen con su sombra el sepulcro de sus abuelos? ¿por qué en fin, México hoy se asemeja á una de aquellas hermosas vírgenes de la antigua Grecia, que moribunda, sobre la piedra del sacrificio, conservando solo, los destrozados pétalos de las flores que engalanaron su cabeza; unas cuantas cintas doradas que sostenían su túnica al rededor de su gentil cintura; como si esperara solo el último golpe del sacrificador, para que su corazón sea consumido por el impuro fuego, encendido por manos homicidas, en obsequio de una diosa cruel? ¡Ah! señores, perdonad este acraque doloroso de mi alma! yo veo que vuestras desgracias dimanar de la pugna con la Religión cristiana, de esa Religión sin mancilla, de paz, de caridad, de esa Religión la primera y principal base de las garantías que en Iguala designó Iturbide como fuente de la felicidad de los mexicanos y sin la que envano nos anegaremos en sangre para llegar á la civilización y al progreso positivo. Diderot, ateaista por excelencia ha dicho "que si pudiera formarse un pueblo filósofo, moriría en su misma cuna por los vicios de su constitucion." Pero hoy afortunadamente vuelve á lucir el sol de la esperanza; junto á la punzante mimosa crece el inocente lirio y la candida azucena. Hay un pueblo generoso que adora con fé el Dogma católico que adoraron sus padres, pues bien; moralícese ese pueblo, instruyase, y haciéndosele gozar los encantos de la Religión que profesa, amará el trabajo, y huirá de los vicios y dejará de ser víctima de

la miseria en que lo ha hundido la desmoralización; hay un ejército valiente, sufrido y que luchando con los sinsabores del hambre, con la calumnia y con la insensibilidad de los ricos que por conservar una mentida comodidad aun á costa del honor, guardan sus tesoros sin dolerse de las desgracias de su patria; un ejército que ha sacrificado su vida llevando victoriosos á todas partes el glorioso estandarte de Iguala, hay en fin, un gobierno que animado de un sentimiento de bondad paternal, ha protestado, desafiando todos los peligros y dificultades de la época, salvar al país de la ruina que lo amenaza.... Pero.... ¿esto basta? ¡no! Nada se podrá hacer si los mexicanos no nos unimos, si al grito de guerra no sustituye el tiernísimo nombre de hermano mio y si á la sombra del pabellon nacional, no juramos como los atenienses en el templo de Agraule, defender hasta morir los intereses de la Religión y de la patria, y vivir constantemente en la fé de nuestros mayores: Unidos todos, envano el monstruo del Norte que amaga á nuestra independencia, aprovechándose de nuestros disturbios; nada valdrá contra nosotros, y podremos decirle lo que O'Connell hizo se le dijese cuando con el pretexto de proteger á la Irlanda soñó subyugarla: "No perdais el sueño ni os inquietéis por nosotros, artífices de revoluciones; no teneis vosotros nada de comun con nosotros que deseamos el orden y la legalidad: destructores de tronos, vosotros no sois capaces de ser bienhechores del pueblo: enemigos de toda religion, imposible es que seais auxiliares de la libertad." Entonces, señores, tambien podremos llevar mas pura ofrenda á la tumba de ITURBIDE; nuestros nietos no se avergonzarán de nosotros, y habremos conquistado un nombre glorioso entre las primeras naciones del mundo. ¡VIVA LA RELIGION! ¡VIVA LA INDEPENDENCIA! ¡VIVA LA UNION!—DJE.

NOTA.—Como solo se me concedieron doce dias para la formacion de esta pieza, ruego al público disimule las enormes faltas de que adolece.

José de la Luz Pacheco Gallardo.

FIN.

®





UJA

UNIVERSITAT AUTONOMA DE BARCELONA  
BIBLIOTECA GENERAL DE CIÈNCIES

